

P O E S I A Y P O L I T I C A

CREACION Y MEMORIA

HAY gentes que no se cansan de enunciar como un dogma, siempre que de hablar de la marcha del mundo se trata, esa muletilla perezosa y machacona de que "la historia se repite". Los que tal afirmación hacen, en el fondo, lo que piensan—si es que algo ha sujetado por unos instantes el devanarse de su ideación—, es que los hechos y acontecimientos históricos son barridos por sucesivas oleadas, y vienen y van las peripecias y accidentes reiterándose con una monotonía sin objeto y casi caprichosa.

Pero la verdad es que hay—por insistir en el mismo sistema de enunciaciones, lo diré con estas palabras— acontecimientos trascendentes, quehaceres de la historia, que más bien que repetirse, lo que hacen es clavar una presencia permanente y decisiva, en torno de la cual las circunstancias históricas juegan sus agitaciones de pleamares y espumas en retirada.

Acontecimiento decisivo y sin repliegue, como el de la arribada de los navíos españoles a las playas americanas, bajo el mando de Colón, no sólo es un hecho de reiteración física imposible, sino que, además, representa para la totalidad de la historia humana un jalón que parte los tiempos.

Al conmemorar el 450 aniversario de la llegada del almirante Cristóbal Colón a Barcelona, para rendir viaje ante los Reyes Católicos, España no sólo rememora una fecha de su dietario de fastos gloriosos.

Hay algo más que una simple presencia conmemorativa en esta ocasión. Aquel acaecimiento, en verdad, no precisa de ellas, ya que su realidad, al correr de los días, es como una conmemoración perpetua. No cantan sin más ni más en castellano las voces de tantos países.

Lo que sí representa es la furia creadora de un pueblo, el nuestro, que sí supo coronar en un instante su capacidad integradora con la entrega a la civilización de un mundo recién nacido, del mismo modo, en las horas porque atravesamos, tiene voz, ademán y gesto para servir a la historia creadora con hechos—que no fórmulas—trascendentes e irrefutables.

HA MUERTO ARNICHES

Samuel Ros ha recordado con dolorida gracia poética, aquello de si Arniches había sido un fiel retratista del vivir y el hablar madrileños, o si, realmente, él era el creador, el inventor de la gracia y la dialéctica del Madrid contemporáneo. La alternativa—como muy bien subraya el joven maestro del cuento—, poco importa en sí. Aquí, lo mismo da si ha sido primero el huevo o la gallina. El hecho importante está en que la cuestión haya podido ser planteada. Porque lo que deja fuera de toda duda la realidad del planteamiento es la vida atropelladora, riquísima y fluente que la obra de Carlos Arniches enmarca.

Larga fué, no hace muchos años, la polémica en torno de si el hacer teatral de Arniches representaba el punto más alto en el contemporáneo arte escénico español. Dejemos a un lado ese simplismo valorativo tras su anotación histórica. Pero lo cierto es que la jugosa y tradicional vena de nuestro teatro encontró en el alma iluminada, generosa y sensible del autor de "Es mi hombre", el cauce creador para continuar su carrera.

Hoy que se nos ha ido con las manos trémulas sobre la cuartilla frente a la muerte, vemos cómo su obra se despliega con la graciosa capacidad de recuperar el tiempo, que es una de las condiciones que definen la destinada a perdurar.

EL 2 DE MAYO

Si arriba enunciábamos la existencia de acontecimientos históricos que no admiten su soborno por las fuerzas desgastadoras de los días, otro de éstos—bien plantado entre nubes, nieblas, desgarraduras y declinaciones españolas—es el hecho del levantamiento popular y nacional del 2 de mayo.

Frente a él, una reflexión nos cerca, en primer lugar, con sus dientes apretados, su corazón trepidante y su brazo enérgico: la Independencia de España. Aquella memoria escrita con sangre por el pueblo, ardoroso en su santa ira, nos recuerda una de las ariscas y creadoras esencias de esta España batallada: su independiente ser, su auténtico existir, su creativa personalidad... Y así, por siglos.

J. M. A.